

EL CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periodico de Literatura, Educacion, Teatros, Labores y Modas.

Los Articulos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Cartas á Julia, por doña Angela Grassi.—Carta del Tio Romance á D. Antonio de Trueba, por Fernan Caballero.—La Cruz de oro [poesía], por don Enrique Hernandez.—La Muda [continuacion], por don José M. de Larrea.—Variedades: Una excursion al nacimiento del Ebro, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Modas, por doña Aurora Perez Miron.—LAMINA: *Figurin de detalles, núm. 679 bis.*

INSTRUCCION.

CARTAS Á JULIA.

XVIII.



A abuela prosiguió, interrumpiéndose bruscamente.

—A propósito de esto, Enriqueta, he visto que sonreías esta mañana cuando ajustaba la cuenta á Ruperta, y hace poco cuando se la ajustaba á Susana.

Yo me puse encendida.

—Sonreías, repuso, porque ignorabas cuanto te acabo de decir; pero mis criados, aunque no tienen instruccion, adivinan esta anécdota, que yo he leído muchas veces en mi infancia, y que voy á contarte para que no la olvides nunca.

«La duquesa de Kingston poseia una fortuna inmensa, y sin embargo ella era la que ajustaba las cuentas del gasto de su casa con mucha escrupulosidad, tanto que reparaba hasta en dos cuartos de perejil. Un dia su mayordomo la manifestó que era indecoroso para una persona de su clase el ocuparse de unos pormenores tan minuciosos.

La duquesa se sonrió, y continuó siempre obrando del mismo modo. Poco tiempo despues, el mayordomo tuvo precision de dejarla, y habiendo experimentado muchas desgracias, se vió reducido á la mayor miseria. Acordándose entonces de cuán benéfica era su antigua ama, imploró su auxilio. Al momento la du-

quesa le envió una cantidad considerable, acompañada de una esquelita concebida en estos términos:

«Si no hubiera sido escrupulosa en las cuentas de mi casa, reparando hasta en dos cuartos de perejil, no tendria hoy el placer de poderos socorrer, como lo hago.»

—Pero madre mia, exclamé, esto es muy bueno, sin duda alguna; pero será tratándose de criados advenedizos. Pero el honrado Antonio, la fiel Susana, Antolina y Blas, que la quieren á Vd. tanto...

—Pero son hombres, Enriqueta! A pesar de sus hermosas cualidades, que yo me complazco en reconocer, tienen defectos inherentes á la humanidad; son flojos, perezosos, descuidados, y lo serian mucho mas si no fuera por el ejemplo. El ejemplo, hija mia, es el primer deber de una ama de casa, pues cuando se la ve trabajar, todos participan con gusto del trabajo. ¿Qué dirias de un general que enviase á pelear sus soldados, mientras él permaneciera tranquilamente en su tienda, ni qué hazañas acometerian ellos con semejante jefe?

No creas que mi inspeccion se detenga en un cuartillo de leche, ó en un par de huevos mas ó menos, y que sea tan inconsiderada que en mis cuentas no destine una parte al descuido, á la torpeza, y á la poca prevision de quien, ni puede tener el mismo interés que yo en conservar mi hacienda, ni poséer el discernimiento y el tacto que ha fomentado en mí la educacion; porque esto, además de ser muy poco caritativo, me proporcionaria inútiles desazones.

Hay muchas, muchísimas cosas durante el dia, que yo hago como que no veo; pero quiero sin embargo que sepan, que me hallo en estado de calcular cuántos huevos ponen mis gallinas, y cuántas azumbres de leche pueden darme mis ovejas.

¿Ves cuán dóciles, cuán sumisos están los caballos, mientras el hábil cochero tiene en sus manos las riendas? No los castiga, y sin embargo vuelan; apenas levanta la voz cuando ya obedecen. Lejos de sentirse oprimidos por su yugo, sacuden orgullosamente sus crines y piafan de alegría. Pero haz que abandone las riendas, y se eche á dormir, que ellos comprendan que no hay quien los gobierne, y verás como se desbocan, y como coche, caballos y cochero van á caer en el hondo precipicio!

Dices que teniendo confianza en los criados no hay necesidad de ejercer tanta vigilancia. Es cierto que me la inspiran, y muy grande, sino no estarían conmigo; pero á pesar de eso, aun hay otro inconveniente que salvar.

Supon tú, que desde el primer día, porque el primer día es siempre el que decide del porvenir, yo los acostumbro á dárselo todo medido, á inspeccionarlo todo por mí misma, forman de esto un hábito, y su delicadeza no se resiente en lo más mínimo; pues bien, supon que satisfecha de su servicio, yo les abandono mi autoridad, y que algun día por incuria ó por cualquier otra causa, hallo que hacen las cosas de un modo que á mí no me agrada. Entonces si me permito una observacion, por pequeña que sea, si intento recobrar el mando, habrá gritos, lágrimas, recriminaciones; y tal vez, ofendidos en su amor propio, dejen mi casa, llevándose de mí un recuerdo poco grato.

Esto es la verdad: yo lo que te puedo decir es, que los criados envejecen en mi compañía, mientras en aquellas casas en donde reinan el desorden y la licencia se mudan todos los días, y á veces, no porque se los eche, sino porque ellos se despiden. Y esto es muy sencillo, Enriqueta, porque solo se presentan á pretender en casas semejantes las personas díscolas y viciosas.

Me acordé de mi pobre madre, Julia, y lancé un suspiro.

—Mira, prosiguió la abuela, llevándome junto á la ventana, ¿ves aquel olivo que se eleva allí, en medio de las macetas de tu nuevo jardincito? De intento las he colocado á su alrededor. Su ramaje intercepta los rayos del sol, para que no caigan á plomo sobre sus corolas y las abrasen; su ramaje, que atrae la lluvia, intercepta igualmente las gotas grandes, las cuales filtrándose al través de sus hojas, cae sobre ellas como un suave rocío, refrescándolas sin anegarlas. En su ramaje tambien se apaga el viento, convirtiéndose en brisa favorable, que mece suavemente los renuevos sin troncharlos. Ese olivo es la imagen de una ama de casa. Su sombra protectora debe extenderse constantemente sobre todas las cosas

para precaver el mal, para producir el bien. ¡Ay de tus pobres flores, Enriqueta, el día en que ese árbol amigo quedase tronchado por la tempestad! ¡Ay de la casa, en la cual todos los objetos no reflejan la sombra bienhechora de su ama!

Pero volvamos á mí, tantas veces interrumpido, empleo del día.

Después de haber concluido con mis libros, doy audiencia á Susana, y empiezo por pedirla cuenta de los postres y de los principios que han sobrado del día anterior; cuenta siempre exacta, porque sabe que yo cada día visito la despensa, y aparezco cuando menos se piensa en la cocina.

Cuando tenia dencella, ésta comparecia después que Susana, y mientras me ayudaba á vestir, hablábamos de los trabajos de costura. Ahora viene Tomasita, una excelente muchacha, vecina nuestra. Cada sábado me trae la ropa cosida, é inspeccionamos la que se debe llevar para la semana siguiente. ¡

Después de esto, recibo á los buenos campesinos que quieren hablarme de sus negocios ó pedirme consejos, y ya estoy lista. De modo que con cuatro horas, consagradas por la mañana á trabajos serios, y dando una mirada aquí y allí durante el resto del día, he concluido con esos ímprobos quehaceres domésticos, que tanto te habian asustado, y puedo dedicarme libremente á hacer ó á recibir visitas, á entretenerme un rato con la lectura, y á hilar ó hacer calceta, ya que la cortedad de mi vista no me permite coser.

Y ahora adios, hija mia, porque hoy es sábado, y Tomasita me está esperando.

La abuela se dirigió hácia la puerta. Yo permanecí algunos instantes suspensa, y luego me abalancé hácia ella.

—¿No podria yo coser la mitad de esa ropa? la dije ruborizándome. ¡Oh, Julia, nunca olvidaré la expresion de inmenso júbilo con que me estrechó en sus brazos!

ÁNGELA GRASSI.



LITERATURA.

Carta del Tio ROMANCE á D. ANTONIO DE TRUEBA.

Señor: Me alegraré que al recibo de esta se halle su mercé en cabal salud como yo para mí deseo. Yo y mi Chana seguimos bien, á Dios gracias, para lo que Vd. guste mandar.

Esta se dirige en primer lugar á darle á su mercé los plácemes por la encomienda que le han dado á usted los gobiernos de su tierra Biscaya, que son gentes de pró, que saben lo que se hacen, y que conocen que está Vd. mejor y mas á gusto bajo la sombra de los cerezos de su tierra, ocupado en trabajos pacíficos, que no metido en una *correspondencia* de aires encontrados y dañinos. Bien se ha dicho siempre, señor, ¿quién es tu madre? la tierra que te crió.

Paso á decir á su mercé que me dijo D. Fernan de aquesta manera: Tio Romance, D. Antonio de Trueba saca á Vd. á relacion en esta imprentada.—A mí, señor? le dije *asombrao*.—Sí, y llama á Vd. *heroe*.—Oiga! dije yo, ¿y *heroe* que quiere decir, mi amo? me respondió: *heroe* es un varon ilustre por sus virtudes y hazañas, como *verbo gracia*, Daoiz y Velarde, Hernan Córtes, Pelayo, el Cid Campeador y otros.—Sr. D. Antonio, con perdon de Vd. le voy á decir, que no está bien que un hombre mozo como su mercé, mas que sea un *Séneca*, se burle de un hombre de mis canas, mas que éste sea tonto de repique. Ya los guasones me han puesto el mal nombre de Tio Romance, ahora me van á decir Tio Heroe. ¿Es eso rigular, señor?

No pensára que hiciese su mercé esa mala partida conmigo, que soy un campesino de los que Vd. quiere tanto; y todo eso para decir que los cuentos no son *reideros*. Por via de los heroes pasados y presentes, incluso yo! que se ha vuelto su mercé mas serio que un Miércoles de Ceniza.

Para vengarme de los agravios que me hace, el uno poniéndome sobrenombre de *heroe*, y el otro llevándome desabridamente la contraria, le mando dos cuentos, á los que si no halla otra cosa que *reideros*, diré que su mercé es capaz de sacar agua de donde no hay manantial. Ea, pasarlo bien, Sr. D. Antonio. Dé Vd. memorias á su costilla, y recíbalas de la mia, y mande á su criado—*El Tio Romance*.

EL MARIDO BOBO.

La mujer de un arriero tenia amores con un sacristan, y en una ocasion que su marido fué á un via-

je lo convidó á cenar. Preparó una cena por allá arriba con sus perdices en pimentilla, su arroz con leche, sus pestiños, su vino y su mistela. Estando cenando muy descuidados, trás, trás, llaman á la puerta. Era el marido. La mujer, no teniendo dónde esconder al sacristan, le llevó á un almacen de aceite y lo metió en una tinaja vacía. Pero por donde quiso su mala fortuna que el marido trajese un viaje de borras, y por mas que hizo la mujer por impedirlo, empezó á vaciar los pellejos en la tinaja, en la que estaba escondido el sacristan. El aceite fué empujando á este hácia arriba, hasta que sacó la cabeza de la tinaja, y aprovechando el asombro del arriero se asió del borde de la tinaja, saltó fuera, y echó á correr como una exalacion. Volvióse el arriero á su mujer, y le dijo asustado:

¿Vistes, vistas, vistas, vistas?

A lo que ella respondió:

Pues en el pellejo lo trajistes.

El marido repuso:

En el pellejo no lo dudo;

¡pero que cupiese por el embudo!!

EL MARIDO CELOSO.

Habia un tejedor casado con una mujer muy de bien, pero le habia cogido el enemigo por los celos, y toda la vida se le habia pasado mortificado y mortificando á la pobre de su mujer. No salia ésta sino á la iglesia por las mañanas temprano; pero aun de esas salidas tenia sospechas, y asina sucedió que un día se fué trás ella, se puso un hábito de fraile, y se sentó en el confesionario en que ella se ponía á confesar.

La mujer, que era despierta, lo habia conocido, y fué, se arrodilló, y confesó que habia tenido amores con un mozo, con un viejo y con un fraile. El fingido confesor se levantó hecho un basilisco, y le dijo, que á tan perversa pecadora no echaba la absolucion.

Cuando la mujer volvió á su casa halló á su marido muy engestado y muy callado, tejiendo con mucho coraje. Pero de ahí á un rato no se lo podia sufrir mas el corazon, y se puso á cantar con una voz que parecia una matraca:

Acúsome padre con rostro sereno,
que he tenido amores con tres nada menos,
que fueron, un mozo, un viejo y un fraile,
y teje que teje, y dale que dale.

A lo que la mujer contestó cantando en la misma tonada:

Si es que te lo dije fué porque es verdad,
puesto que te quise en tu mocedad;
ayer siendo viejo, y hoy siendo fraile,
y teje que teje, y dale que dale.

El marido se levantó, le dió un abrazo, y se quedaron tan amigos por ciento y un años.

FERNAN CABALLERO.

LA CRUZ DE ORO.

BAZADA

—Toma; pendiente
Del cuello lleva
La cruz de oro
Que fué mi herencia,
Y ¡plegue al cielo
Que en la pelea
Sea el escudo
De tu existencia!
Si olvido ó muerte
(Yo prefiriera
Que me olvidáras
Á que murieras),
Tu amor me roba,
Que es mi alma entera,
Solo te pido
Que me la vuelvas.
Fué de mi madre,
Bendita sea!
Su última lágrima
Corrió por ella!—

Una mañana
De primavera,
Cortando el viento
Como una flecha,
En la ventana
De la doncella,
Que há un año á Nuño
Sin vida espera,
Pósase un ave,
Torva, siniestra,
Como la nube
Que el rayo enjendra,
Y entre las hojas
De un rosal deja,
Lanzando un grito
Que al alma aterra,
Una cruz de oro
Que al cuello lleva....
Hay una gota
De sangre en ella!
Rogad al cielo
Por Nuño y Lesbia!

ENRIQUE HERNANDEZ.

LA MUDA.

[Continuacion.]

IV.

He observado mas de una vez que la conversacion de las palabras camina al lado de la conversacion de los pensamientos; el alma es bastante fecunda para dividirse de este modo: el arte del observador consiste, pues, en comprender el movimiento real de las ideas que se ocultan detrás del fuego artificial de una conversacion mas ó menos brillante; pero en los caracteres ingenuos, por escasos que sean, el pensamiento centellea en las palabras. Y es una desgracia esta espontaneidad ante nuestra sociedad actual revestida de una ingeniosa hipocresía.

A falta de la palabra, la expresion del rostro de Nelly hablaba elocuentemente: ignoraba que la ingenuidad y la franqueza son peligrosas para las mujeres en una sociedad donde todo es convencional. Apartada del mundo, encerrada en sí misma, sin haber leído mas que libros edificantes, que podian consolar su infortunio, habia permanecido hasta entonces estraña á todo movimiento exaltado. Quería á su padre, á su madre y á su hermana; pero su mudismo habia acumulado en su corazon tesoros de amor que no habia podido emplear. Si en el silencio y en la soledad es donde mas fácilmente crecen las pasiones, qué será en medio del doloroso aislamiento del mudismo!

Nelly descuidaba ahora la conversacion simbólica de los signos; la voz de lady Jerson, siempre cariñosa, la sacaba apenas como de un sueño de sus frecuentes y profundas distracciones.

Don Juan se plegaba á las costumbres inglesas, con esa flexibilidad propia de los hijos del mediodía. Alegrábase de este cambio de hospitalidad que le creaba una familia adoptiva: acomodábase á todo, cazaba con lord Jerson, y paseaba á caballo con Bleming por las cercanías.

Sus horas de ausencia eran sin embargo, verdaderos paréntesis en la vida de Nelly. Cuando él se hallaba allí, ella al menos escuchaba, y aun miraba tímidamente algunas veces: habia él aprendido sus signos alfabéticos y conversaba con ella, pero Bleming venia á cada momento á interrumpir estas conversaciones. Clara por su parte se mostraba solícita en atraer la atencion del conde. Levantábase entonces Nelly y recorría el teclado del piano: la música se dirigia siempre á D. Juan, y despues de aquellas improvisaciones, iba á sentarse al balcon, desde donde miraba tristemente el campo.

Una tarde, un aire puro, una temperatura suave recordaban á D. Juan su patria; púsose á hablar de

ella como hubiera podido hacerlo un amante de una querida ausente y adorada: era un himno que el jóven desterrado dedicaba á su hermosa España. Nelly le escuchaba profundamente conmovida, y cuando él calló, temiendo cansar la benévola atencion de sus oyentes, fué á sentarse quedito al piano, le abrió con precaucion para evitarle todo ruido desagradable que pudiera sacarle del éxtasis en que habia caido, y en medio del cual veia quizá todavía á su patria, y empezó á tocar la cancion española favorita del conde. Aquella melodía inesperada hizo estremecerse á don Juan, que se creyó por un momento trasportado en medio de sus valles de naranjos y de limoneros: levantóse, y apoyándose en el piano, entonó la cancion en el idioma sonoro y acentuado de España, acompañándole Nelly con tanta precision, con una simpatía tan íntima de las palabras y de la música, que parecia que no eran mas que uno, ó que aquellas dos almas se amaban y se comprendian por la misma voz, por los mismos acentos.

Era una de esas tardes de estío, raras en Inglaterra; tarde templada, serena, de un encanto indecible: el crepúsculo retenia en el cielo la aureola inflamada del sol, que habia desaparecido ya bajo el trasparente horizonte, y una luz tibia y oscilante iluminaba á medias el delicado rostro de Nelly. La cancion habia terminado, exhalándose como un suspiro de los labios de D. Juan; pero trasportada por su mismo pensamiento, Nelly la continuó por medio de modulaciones, que eran como un eco inteligente de los últimos acentos de aquél, y despues de estas vibraciones moribundas entró en una série de inspiraciones, traduccion fiel de su comprimida ternura. Habia olvidado en aquel momento cuanto la rodeaba: tenia tanta necesidad de ser comprendida!

Aquello no era mas que unas variaciones de piano para las personas sentadas en el salon; pero para D. Juan, colocado en frente de Nelly y bajo la influencia de su tímida mirada, era un lenguaje elocuente, embriagador, de suave pureza; la palabra de amor de los ángeles. En su delirio musical mezclaba ella los suspiros á las notas, y el corazon de D. Juan latia acelerado, como si quisiera saltar del pecho. Demasiado conmovida ya, temiendo haber dicho demasiado se detuvo de repente, sus manos cayeron cansadas sobre el teclado, y aquella tierna y poética improvisacion acabó con una desagradable disonancia.

—Bellísimo! perfectamente improvisado! dijo Bleming, pero no habeis acabado en el tono.

—Sí, añadió Clara con despecho, ha desafinado.

Lady Jerson corrió á buscar á su querida hija, la besó en la frente, con ese cariño de madre que comprende y teme comprender, porque el amor no podia ser para Nelly sino una desgracia mas; pero la jóven, sin cuidarse de los pesares del porvenir, se entregaba solo á la emocion presente, y cuando se encendieron

las bugías, porque la oscuridad habia ya ganado por completo el salon, sus ojos se encontraron con los de D. Juan en una mirada de inteligencia infinita.

Lejos de dañar á las facultades intelectuales la privacion de un órgano, las da quizá mayor actividad: la fuerza del alma que se pierde en palabras, reparte su actividad en los demás órganos. La inteligencia es mas viva y la facultad de amar tambien, facultad rica, borrascosa, fecunda en lágrimas, pero la mas deliciosa de nuestras facultades.

Al dia siguiente Nelly bajó al salon. Habia dormido poco y madrugado mucho: no era todavía la hora en que solian bajar los demás. Sentóse donde D. Juan habia estado sentado, y apoyando el codo sobre el piano y la cabeza en la palma de su linda mano, quedó sumergida en una dulce meditacion. De repente oyó ruido en el balcon... Era D. Juan que habia madrugado mas que ella, y que al verla se dirigió á saludarla. Quiso ella huir, pero él la detuvo con un ademan suplicante, y Nelly se volvió á sentar.

—Señorita, la dijo D. Juan, ayer tarde vuestra música era verdaderamente inspirada: me parece que aun resuena en mis oídos... No se enseñan tan dulces acentos, ¿quién os los ha inspirado? Habia tantos recuerdos de España en aquella armonía!... Era compasion por el pobre desterrado? Pero insensato de mí, exclamó interrumpiéndose, la hablo, la pregunto... Por fortuna, Nelly, si no podeis hablar, podeis escribir... Escribid, pues.

Y colocó delante de ella recado de escribir. Levantóse ella para huir, suplicó él aun con una mirada, y Nelly, volviendo á caer sobre su sillón, tomó una pluma y trazó estas palabras:

—Qué es lo que me quereis preguntar?

—Os compadeceis del desterrado?

Escribió ella, y la conversacion continuó así, mitad escrita y mitad hablada.

—Compadecer... no... Teneis necesidad de compasion?

—Tengo necesidad de ser amado; tengo necesidad de una afeccion que llene el vacío de todo lo que he perdido, que valga mas todavía! Comprendeis esto?

—Callad, señor conde; no diré eso.

—Por qué?

—No está aquí mi madre.

—Desconfiais de mí?

—Mi desconfianza, si la tuviera, no seria para vos una ofensa.

—Qué es lo que yo debo pensar de aquella música tan espresiva?...

—Oh! no os lo diré.

—Qué! nunca?

—Nunca.

—Me direis al menos cómo habeis perdido el uso de la palabra? Oh! cuán dulce debia ser vuestra palabra!

—Os lo diré, pero no me mireis así mientras escribo, porque no podría continuar.

—Os obedezco.

—Tenia ocho años, y me hallaba en uno de los castillos de mi padre, en el condado de Gloucester, con mi madre, mi hermano Eduardo y mi hermana Arabella: mi padre habia ido á Lóndres como miembro de la Cámara de los Lores. Eduardo tenia cuatro años, me queria mucho, y yo tambien á él, y dormíamos en dos cuartos contiguos con nuestra aya. Una noche me desperté: tenia calor, sentía un calor horrible correr á lo largo del tabique, apenas podia respirar, y el aire mismo me abrasaba: dí gritos, el aya se levantó asustada y abrió la puerta, por la que entraron torrentes de humo, de chispas y de llamas; se habia prendido fuego á aquella ala del castillo, oíanse gritos por todas partes. Préndense las cortinas y el mismo entarimado del suelo: mi aya cae desmayada, mientras Eduardo se precipita en el cuarto gritando: «Nelly, Nelly, sálvame que me abraso!» No puedo responderle, porque el incendio me acosa por todas partes... Le cogí como pude en mis brazos, y me lanzo á la escalera... Un infierno de fuego me repele, caigo, y Eduardo tambien, y al caer se desprende de mis brazos, y rueda sobre los escalones encendidos. Le veo tenderme sus bracitos, oigo sus gritos:—Nelly, ven, ven, sálvame, Nelly!—El fuego se apodera de él, se abrasa, se retuerce las manos, calla, en fin!... Yo me siento de repente cogida por brazos vigorosos. Un criado, James, me salva. Mucho tiempo estuve mala... despues no he hablado mas!

Leyó D. Juan estas palabras, trazadas precipitadamente, las leyó, y se sintió profundamente conmovido. Nelly quiso levantarse; pero esta vez la detuvo por la mano, y la retuvo sobre su asiento sin hablar... La jóven no tenia medio de combatir un silencio que la trastornaba; su mano derecha permaneció cautiva entre las de D. Juan, que envolvía á Nelly en la atmósfera de una mirada de profundo enternecimiento, y que, para mejor detenerla, rodea con su brazo su esbelto talle... No podia ella moverse ya, dominada su débil organizacion por tantas emociones, sintiendo la mano de D. Juan sobre su corazon, que latía acelerado; sus cabellos, que se mezclaban casi con los suyos... Pero D. Juan era demasiado caballero para no respetar aquella niña tan pura, y ni aun se atrevió á tocar con sus labios aquellos hermosos cabellos... Rechazóle ella, al fin, con una mirada de reconvenccion, desprendió su mano, tomó la pluma y escribió:

—Dejadme.

—No trato de deteneros contra vuestra voluntad!

—Pues bien: decidme que me vaya, decídmelo.

—Oh! no: quedáos.

—Me quedaria bajo la garantía de vuestro honor, me quedaria sin temor, pero...

La pluma se la cayó de las manos. D. Juan,

trémulo de felicidad, se la presentó, diciendo:

—Acaba, yo te lo suplico; acaba, Nelly mia!

—Don Juan... nunca me casaré!

Y se alejó corriendo.

(Se continuará.)

JOSÉ M. DE LARREA.

VARIEDADES.

UNA ESCURSION AL NACIMIENTO DEL EBRO.

Pocas veces las impresiones de mis viajes solicitan las columnas de un periódico para darse á luz; rara vez se ha permitido espresar mi pluma lo que ha sentido mi corazon á la vista de una obra gigantesca del arte, de una maravilla de la naturaleza, ó de esas mil creaciones del Eterno, que en los caminos, en las aldeas, en los valles hallamos al paso, y llevan el nombre de Dios grabado en su incomprendible existencia, en su grandeza majestuosa.

Poco amiga de ocupar á nadie con mi personalidad, y aun mas convencida de que la pluma retrata imperfectamente los sentimientos del corazon, he admirado, he sentido y he guardado en el fondo de mi alma el grito de sorpresa, de admiracion ó de reconocimiento que á Dios queria elevar mi labio.

Hay sin embargo ocasiones en que la impresion es mas fuerte que la voluntad; en que nuestro débil sér en presencia de un arranque poderoso de la naturaleza se engrandece, se eleva, y entonces un grito no basta, una palabra de bendicion no satisface; es preciso hablar, es preciso describir la impresion que sentimos, aunque lo consigamos imperfectamente, aunque al tratar de pintarla le robemos los mas bellos matices con que la concibe nuestro corazon.

Era una mañana templada y suave, una mañana del mes de Julio, pero no del mes de Julio tal como le conocemos en Madrid, con su sol abrasador y su ambiente de fuego, sino una mañana del mes de Julio, tal como le disfrutaban los habitantes de *La Montaña*, de esas montañas que parecen formadas por la naturaleza para llegar mas cerca de su Creador, y para decir al mísero mortal que las contempla: «De toda esta grandeza soy capaz;» una de esas mañanas de sol túbio, y de ambiente fresco y perfumado por las mil yerbas olorosas de los valles.

Un grupo, compuesto á lo mas de siete ú ocho personas, entre las que se contaba la que esto suscribe, salia furtivamente de la villa de Reinoso, y esquivando las miradas de sus moradores, tomaba asiento con rostro placentero en uno de los vehículos, únicos que se

conocen en el país, en un carrito, que no por ir mas engalanado dejaba de ser lo que era, contribuyendo su improvisado toldo y postizos alinohadones á darle una forma menos ruda, en verdad, pero mucho mas grotesca. En él nos proponíamos atravesar parte del pintoresco valle de Campó, terminando nuestro paseo en el nacimiento del Ebro, donde proyectábamos pasar el día. No era largo á la verdad el paseo, y fácilmente le hubiéramos recorrido á pié, pero algunas señoras se resistieron á esto, y todos, por no dividir la reunion, aceptamos el vehiculo, tomando unos asiento en él, y acompañándole otros al paso.

No es mi ánimo describir por completo nuestro camino á través de un risueño valle, con multitud de aldeas desparramadas en él como al acaso, y que parecen otros tantos nidos nacidos entre la yerba y cobijados á la sombra de un grupo de árboles, que fertiliza al pasar el Ebro ó el Flíjar, rios caudalosos, que comienzan su obra de fertilidad y abundancia humildes y pequeños, antes de llevar la majestad de su corriente á las ricas comarcas de Aragon y Cataluña.

Paso en silencio lo pintoresco de la aldea de Nestares, compuesta de unas veinte casas, que se comunican por puentes rústicos, cruzados sobre el Ebro, y hacen de ella uno de esos sitios misteriosos que parecen creados por la imaginacion poética del artista; enviaré solo un segundo saludo á Salces, escondido entre frondosos álamos, y seguiré cómo seguimos á orillas del caudaloso rio hasta encontrar su nacimiento, sus fuentes, sus manantiales. Al cabo de una hora de camino llegamos á la pintoresca aldea de Fontibre, situada en una elevadísima eminencia, á cuyo pié tiene su nacimiento uno de los principales rios de España. Dejamos á la entrada de la aldea nuestro improvisado carruaje, la atravesamos á pié, y dimos vista, por entre copudos robles, al sitio, objeto de nuestra excursion.

La primera impresion que en mí produjo aquella naturaleza poderosa, que ostentaba en un punto reunidos todos sus dones, apenas la sabré definir: mis ojos eran poco para admirar, mi corazon pequeño para sentir, mi mente oscura para razonar. Un embotamiento general en mis sentidos fué el primer grado de mi admiracion; pero á medida que mi corazon se iba serenando, que mi razon iba recobrando su imperio, mi labio prorumpió en bendiciones á quien habia podido crear aquella naturaleza tan rica. Allí se muestra Dios en todo su poder, en toda su grandeza! Allí, donde la mano del hombre no ha profanado la creacion de la naturaleza, creyendo en su necia presuncion que la embellece, allí se siente, se admira, se reza, porque allí no hay mas que el Sér Supremo retratado en las rocas, en los manantiales, en la vegetacion y en el cielo, que corona tan imponente cuadro! Allí no hay arte, allí no hay civilizacion;

allí no hay mas que Dios y sus obras, que proclaman su omnipotencia!

Pero mi pluma, impulsada por el entusiasmo, se extravía, y fuerza es que intente dar una idea, aunque vaga, de aquellos sitios.

Atravesada la aldea, dimos vista, por entre unos árboles, á un profundo precipicio, que tal parecian las cortadas rocas que, en forma de pequeño semicírculo, estaban á nuestros piés y parecian arrancar de un inmenso lago, coronando aquellas montañas otras mas elevadas aun, cuyas desiguales cimas destacaban en el azul del cielo. Aquellas montañas enriquecen con sus vertientes el caudaloso rio que nace á sus piés: aquel lago es principio del Ebro, que tiene sus manantiales en el mismo seno de la tierra, pozos inagotables que surten sin cesar al rio que allí nace, y va serpenteando por entre aquellas montañas, hasta abrirse ancha via en el valle de Campó, y llevar su obra de fertilidad y riqueza hasta la misma costa del Mediterráneo.

Despues de contemplar aquel magnífico paisaje, que se perdía en cordilleras cubiertas de espesos bosques, bajamos por veredas apenas practicables, hasta la misma fuente principal, que brota entre las rocas á corta distancia de los dos pozos principales, cuya profundidad acaso no ha podido calcularse aun: allí, despues de saborear el agua deliciosa que va á surtir al caudaloso rio, establecimos el cuartel general á la sombra de un copudo roble, porque una de las cosas que mas suspenden el ánimo en aquella naturaleza ruda, es la fertilidad que acompaña al rio desde su mismo nacimiento: hecho allí el primer descanso, seguimos recorriendo sus márgenes escabrosas y accidentadas, acompañados de algunos aldeanos que, extraños á la etiqueta de las grandes ciudades, se unian á nosotros, y nos acompañaban y nos ofrecian frutas y leche, únicos dones que ellos poseen: con agradecimiento lo aceptamos, y mas aun cuando al tratar de recompensarlos dijeron que ellos no acostumbraban á vender, y solo nos habian dado lo que para su uso cultivaban... Sublime rasgo de sencillez y de hidalguía! Los que esto hicieron acaso no cuentan de patrimonio lo que vale el menor de nuestros adornos! Los que rehusaron nuestro óbolo de gratitud, tuvieron en breve que abandonarnos para entregarse á las faenas del campo, que en aquel país practican por igual, hombres, mujeres y niños!

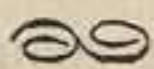
Para dar idea de la corriente, que aun en aquellos sitios lleva el Ebro, bastará decir que á unos doscientos pasos de su nacimiento mueve un molino de doble rueda, y no correrá mas de un cuarto de legua sin dar impulso á alguna de las innumerables fábricas de harinas, tan extendidas en el país.

Recorrida esta parte del paisaje, reposamos bajo un frondoso guindo, y por la tarde, cuando el sol iba perdiendo su fuerza, subimos á la cúspide de la mas

elevada montaña. Desde ella se descubria todo el valle de Campó, y las cordilleras que le cierran, y en ella misma, dominando aquella sublime creacion de la naturaleza, hallamos dos edificios que hicieron palpar nuestro corazon y reconcentrar á cada uno en profundas reflexiones: era el uno un derruido castillo feudal; el otro una ermita, en la que á través de una verja de madera se veía un tosco Crucifijo. El castillo, aunque mohoso por los años, parecia de piedra y rica arquitectura: la ermita, cuadrada, como una choza, era de yeso. El primero habia debido sin duda su construccion al arte y la riqueza reunidos: el segundo era obra quizá de algun devoto, y estaba levantado por la mano de un pobre, porque solo pobreza habia en su construccion. El primero estaba destruido: el segundo permanecia en pié. Ignoro las reflexiones que á cada uno ocurririan ante tan saludable ejemplo; pero ví que los hombres se descubrieron, que las señoras doblamos una rodilla, murmuramos una oracion, y principiamos á descender de nuestra altura y dar término á nuestra excursion, á tiempo que el sol, oculto ya detrás de las montañas, enviaba sus últimos reflejos.

JOAQUINA GARCIA BALMASEDA.

MODAS.



Explicacion del FIGURIN de detalles, número 679 bis.

NUM. 1. *Gorra Carlota Corday*.—El fondo es de guipur blanca, cortado en pieza, y flojo: una guarnicion del mismo punto la adorna con tres lazadas de terciopelo azul, puestas en la misma, hácia la frente, y un lazo con caidas en la parte superior.

NUM. 2. *Gorra* de tul de ilusion blanco: la parte de adelante va guarnecida de un rizado de glase lila, con las orillas picadas. En la parte superior de la cabeza, lleva un ramo pequeño de flores, y al lado derecho otro mayor con ramaje. El fondo es flojo y caido, y tiene encima una toquilla de blonda negra, cuyas puntas sostienen lazos de cinta color de lila.

NUM. 3. *Gorra*, con el fondo muy caido, formado por tres entredoses de encaje sobre muselina lisa, guarnecidos de valenciennes. Por delante va adornada de un rizado de encaje, sobre el cual se coloca en la parte superior un lazo de tres lazadas de entredoses de valenciennes. Un poco al lado se pone otro lazo de cinta de color de rosa, de cuatro lazadas, y con cabos.

NUM. 4. *Toquilla* de guipur de Irlanda, de una sola pieza, con barbas y un lazo prolongado de terciopelo verde á un lado, y al otro, otro lazo de cuatro lazadas, puesto un poco mas alto.

NUM. 5. *Cuerpo* de tul negro, moteado, con grande aldeta, formada esta por un ancho volante de Chantilly. Este cuerpo va adornado de tirantes de encaje, cuyo pié va cubierto por un terciopelito negro. Las mangas son cortas, bullonadas, y terminan con un volante de encaje.

NUM. 6. *Cuerpo á la Suiza*, de muselina, cubierto de pliegues, puestos de tres en tres, de trecho en trecho. El escote es cuadrado, y va adornado de una greca bordada á plumetis, y formando entredos. Las mangas son correspondientes y largas, y terminan en un puño correspondiente al escote y, como el entredos de aquel, van guarnecidas sus orillas de un valenciennes estrecho.

NUM. 7. *Pelerina* de tul bordado, formando punta por detrás, y cortada en cuadro por delante, donde cruza ligeramente en la parte superior, sujeta con una roseta. La espalda debe bajar hasta el talle, y los delanteros van cortados de modo que caen simplemente sobre el pecho. Guarnece este modelo un entredos de guipur, con una puntilla de lo mismo.

NUM. 8. *Cuello*, pequeño, formado de un entredos bordado, guarnecido de valenciennes.

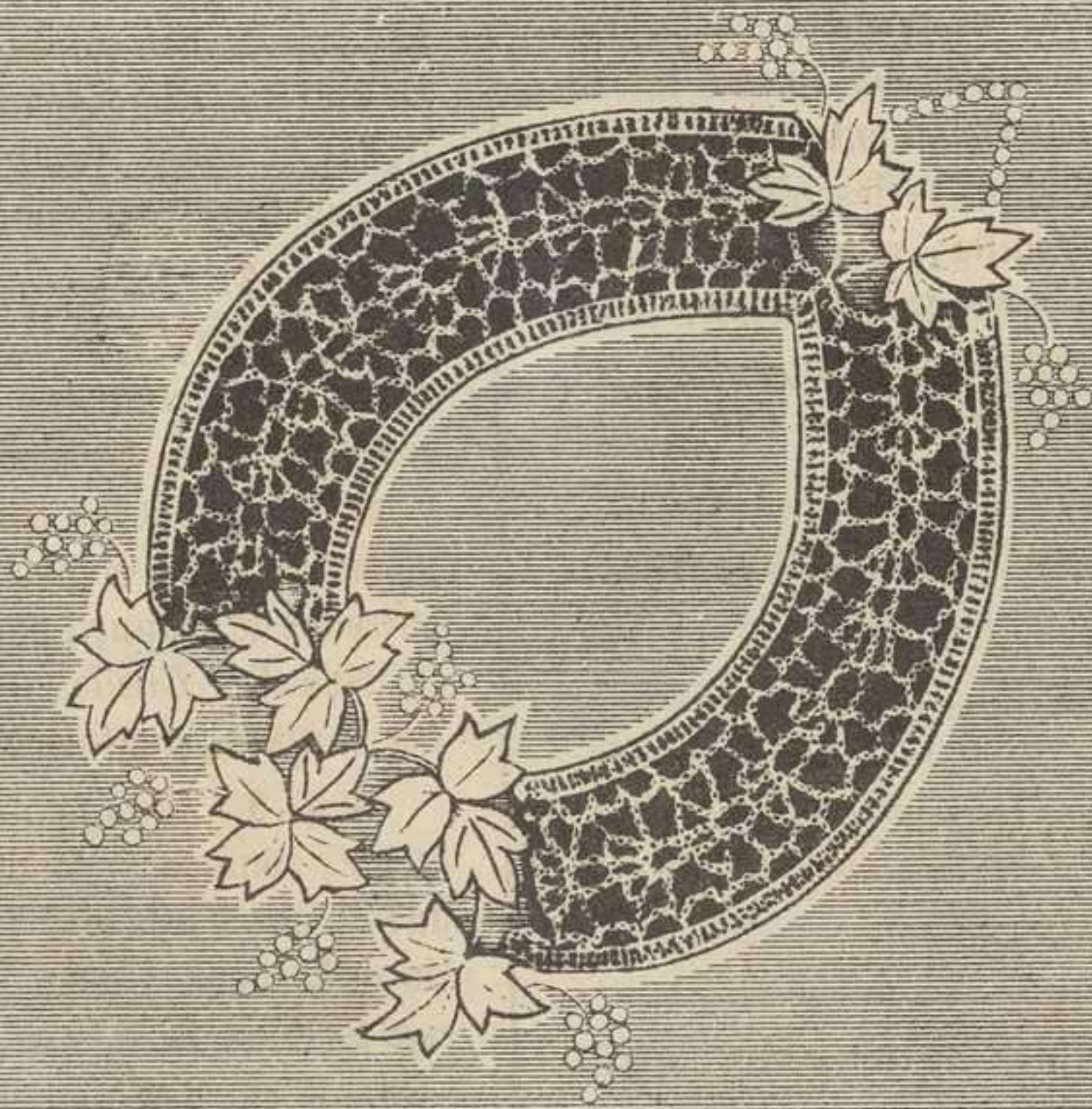
NUM. 9. *Manga*, correspondiente al cuello anterior, compuesta de un bullon liso, que cierra en unos picos bordados, guarnecidos de valenciennes. Un puño, con vuelta bordada y guarnecida de encaje termina la manga.

NUM. 10. *Manga* de muselina, parecida á la anterior, solo que el puño va adornado de tres guarniciones de encaje, puestas hácia arriba unas sobre otras, y otra en órden inverso que cae sobre la mano.

AURORA PEREZ MIRON.



Por lo no firmado: El Director
Y EDITOR PROPIETARIO—P. J. de la Peña.



Agosto de 1862.

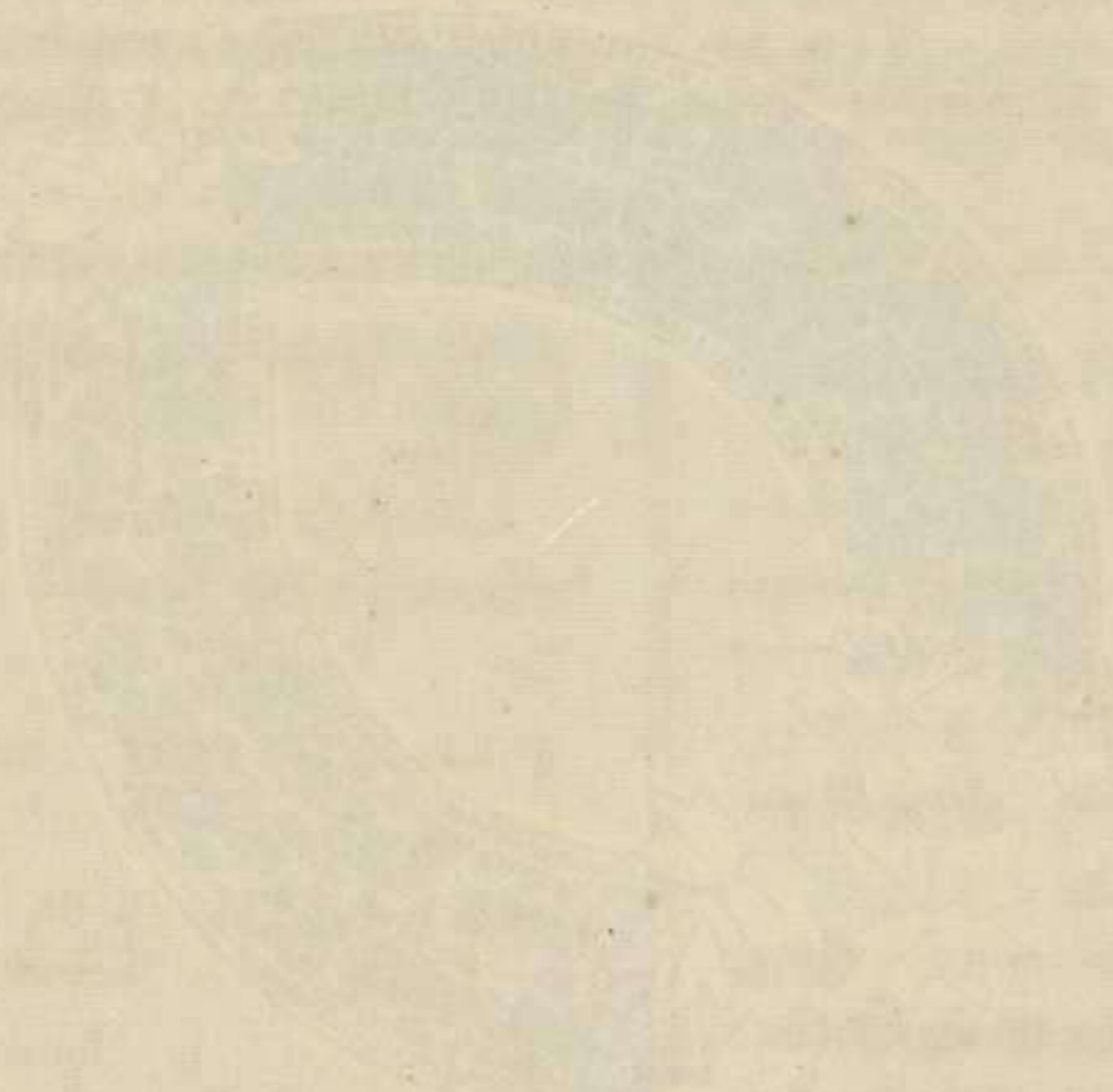
Lit.^a de J. Aragon.

Correo de la Moda.

Calle de Lope de Vega 10.

MADRID.

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS



INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS